



amargo

ESTADO DE OYUNCA, MUNICIPIO DE OYUNCA
MAYO 1911

Balada del Prisionero

Momento primero de la balada.—

La escena, sombría, representa un campo junto a una torre. La torre es chata, negra, hostil. En lo alto se encuentra el Prisionero, vestido de gris y hostil, también. Un coro de Niños Burlones pasa gritando destempladamente.

CORO.

—Prisionero, Prisionero... (risas tontas).

Los niños desaparecen tras la torre y reaparecen por el otro lado con el mismo estribillo majadero y burlón. Luego, se van y sus voces se apagan poco a poco en la distancia. Aparecen los amigos. Discuten animadamente entre sí, pero sus voces no resuenan. Llevan capas negras y trajes verdes, con altos y solemnes coleros. Se encorvan, como murmurando, y observan furtivamente a la torre. El Prisionero no les mira. Los amigos semejan aves sombrías con sus gestos grandilocuentes y sus negras capas agitadas por el viento. Esta escena debe tener un dejo amargo de comicidad. Habla, por fin, uno de los amigos, y su voz tiene eco de lata, de vieja, de cuervo:

AMIGO PRIMERO.

—¡Prisionero, Prisionero!

¡Prisionero!

Estás preso, encerrado en tu silencio.

AMIGO SEGUNDO.

—¿Por qué no hablas, Prisionero?

¿Por qué callas,

en tu torre a la que no llegan senderos?

AMIGO PRIMERO.

—Dínos cuál es tu secreto,

el secreto

que motiva tu silencio, Prisionero.

Abre tu alma...

AMIGO SEGUNDO.

—... que penetren nuestros ojos en tu pecho.

AMIGO PRIMERO.

—Mira y habla.

Llave de oro es la palabra,

Prisionero.

AMIGO SEGUNDO.

—Hay un mundo todo abierto,
todo sonos,
una vida sin silencio cancerbero.

AMIGO PRIMERO.

—¿Por qué no hablas?
Como un puente sea tu verbo.

AMIGO SEGUNDO.

—Como playa,
como puente para huír de este silencio.

AMIGO PRIMERO.

—¡Prisionero, Prisionero!

Sopla un viento fuerte que hace volar las capas negras de los amigos como velas, y les arrastra hasta que desaparecen. Los amigos no tienen rostro. A medida que se alejan, se pierden sus voces, que aun llaman:

AMIGOS (a coro)

—¡Prisionero...!
¡Prisionero, Prisionero...!

A lo lejos, como un eco, grita aún, leve, el Coro de Niños Burlones:

CORO.

—¡Prisioneroooo...!

Poco a poco las voces se apagan, y se apaga el viento. Des-
ciende el Prisionero de su torre.

Aquí termina el momento primero.

Podría haber, luego, un momento en que el Prisionero y el Silencio, símbolo, dialoguen. Tal vez sea forzar la parábola y perjudicar su verdadera esencia. Es difícil conciliar la voluntaria prisión, prisión que el alma se impone a sí misma, con un Silencio cancerbero. En todo caso, puede hacerse luego. Por ahora no hay más sino el momento segundo.

MOMENTO SEGUNDO DE LA BALADA.

El mismo lugar sombrío. Abre el Prisionero la puerta de la torre, una puerta cuadrada y grande. A través de ella se ve un interior estilizadamente, palaciego y lujoso, pero tamizado por tenue nebulosidad. El Prisionero habla mirando al cielo obscuro. Su voz es opaca, con una inflexión raramente serena.

—Silencio. Como mágico conjuro de la sombra es el silencio.
Una pausa eterna y pura: todo es luz en mis adentros.
Mis ideas, y mis sueños, y mis claros postulados, ¿por qué habría de venderlos? Si son míos, ¿qué les quieren mis amigos? ¡Míos son,

también, mi dicha y mis pesares! No gocéis mis alegrías ni sufráis con mis desvelos.

No traigáis aquí palabras.

No rompáis este silencio.

No sembréis mi campo yermo...

Las palabras os limitan: sois vosotros prisioneros. Mis ideas vagan libres, yo soy libre en mi silencio.

—Silencio. Como mágico conjuro de la sombra es el silencio.

La Muchacha Blanca ha ido emergiendo de la sombra, sin ruido, sonriente, como una aparecida.

PRISIONERO.

—¿Tú quién eres?

MUCHACHA.

—Te he escuchado.

PRISIONERO.

—No haces ruido, no comprendo.

MUCHACHA.

—¿Por qué quieres comprender? Te respondo en mi silencio. Solos se hablan, tu silencio y mi silencio.

PRISIONERO.

—Tiene tu voz una música sutil, y es como si no resonara, como si hablara tu alma a mi alma.

Tu voz penetra la sombra, como un rayo de luna, como un hilo de plata.

Y no rompe, no toca el silencio.

Dí, ¿quién eres...?

La Muchacha no responde. Se miran ambos en los ojos y se aproximan uno al otro como en el mágico ceremonial. No hacen ruido. Ella sonríe, sonríe él. Todo ocurre lentamente, lentamente. Como en un mismo, simultáneo anhelo, las manos cogen las manos. Los ojos están siempre en los ojos.

PRISIONERO.

—Parecía que te esperaba, desde el fondo de los tiempos.

MUCHACHA.

—Me esperabas, y he venido desde el fondo de los tiempos.

Quiere hablar el Prisionero, y ella posa un dedo en sus labios, imponiéndole callar.

MUCHACHA.

—Ya no hablemos... Es más claro y es más puro, y es más franco este silencio...

Callan ambos. Ambos se miran. La rodea él la cintura con un brazo. El y Ella. Los eternos él y ella, desde el fondo de los tiempos. Afirma ella en su pecho la cabeza. Una brisa sin ruido agita suavemente su cabello. El la besa. La torre va tomando un color rosado cursi. Todo ocurre lentamente.

Así termina el momento segundo y último de la Balada del Prisionero.

Guillermo Blanco Martínez.